

ACTAS DEL  
VIII CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LA  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE  
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

*Universidad Internacional*

*Menéndez Pelayo*

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA  
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA  
AÑO JUBILAR LEBANIEGO  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL  
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL  
VIII CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LA  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE  
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN  
FACULTAD DE LA MAGISTERIA  
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA  
41013 Santander

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA IRISO  
con la colaboración de Laura Rodríguez

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

*Tratamiento de textos*

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

# LOS MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA EN «EL CUENTO DEL CORREGIDOR» («THE TALE OF THE MAN OF LAWE», «CUEENTOS DE CANTERBURY», CHAUCER) \*

MANUEL JOSÉ ALONSO GARCÍA

*Universidad de Granada*

**E**L TRADUCTOR español Pedro Guardia asegura que este cuento está basado en «Les Cronicles» (1334) de Nicolas Trevet, pero creemos que también habría que hablar de otras fuentes, como pueden ser los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, y las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, aunque el *Mariale Magnum* fue, sin duda, la fuente común de todos ellos.

En nuestro cuento, los milagros y la mediación se entrelazan, y se comparten, entre Dios, Jesucristo, y la Virgen María. Aunque el Sultán y sus súbditos abolieron la idolatría y la ley de Mahoma, en Siria, para acatar la ley bendita de Jesucristo, sólo para conseguir a Constanza como esposa (véase el Apéndice, 1).

Respecto a la mediación de Jesucristo, se dice que hicieron oraciones a Jesucristo, para que bendijese a Costanza en su matrimonio, y para que Dios fuese su guía (véase Apéndice, 2). La misma Costanza afirma que ella ama a sus padres más que a nadie, excepto a Jesucristo, y pide a Jesucristo que le ayude (véase Apéndice, 3). Cuando Costanza se despide, lo hace diciendo: «Que Jesucristo se quede con vosotros» (véase Apéndice, 4).

La oración de Costanza, persignándose, y rezando a la cruz de Jesucristo, nos recuerda la liturgia católica del Viernes Santo, con la siguiente oración: «Oh altar resplandeciente y bendito, Santa Cruz, teñida con la sangre compasiva del Cordero, que lava la antigua iniquidad del mundo, sálvame del diablo y de sus garras, el día en que me ahogue en este mar profundo. Árbol victorioso, protección de los fieles, que por sí solo pudiste sostener al herido Rey de los Cielos, al blanco Cordero, traspasado por la lanza. Tú tienes poder para arrojar los demonios del hombre y de la mujer, a quien extiendes tus benditos brazos. Guárdame y dame fuerzas para remediar mi vida» (véase Apéndice, 5).

El cuento se iniciaba con una advertencia contra los que critican a Jesucristo y que, por no ayudar a los menesterosos, van a sentir los efectos del fuego eterno (véase Apéndice, 6).

\* En esta comunicación, los números arábigos remiten a los fragmentos del *Cuento del corregidor* que se ofrecen en el apéndice final.

Se dice que fue Dios, el mismo que salvó a Daniel, el que salvó a Costanza, para que podamos ver las grandes obras de Dios. Fue el mismo Dios que salvó a Jonás, y el que salvó al pueblo hebreo de perecer en Egipto. El mismo Dios que manda los cuatro espíritus de la tormenta. El mismo que alimentó a María de Egipto. Jesucristo hizo un milagro tan grande como cuando alimentó a cinco mil personas. Porque los filósofos saben que Jesucristo, que es el remedio de todo mal, emplea oscuros instrumentos para fines incomprensibles (véase Apéndice, 7). De todas formas, vemos que se confunde claramente a Dios y a Jesucristo, el plano de la filosofía y el plano de la fe.

Al llegar, en un naufragio a Northumberland, Costanza da gracias a Dios por su ayuda, y por la gracia de Jesucristo consigue la conversión de Hermenegilda a la fe cristiana, una vez que los cristianos se habían refugiado con los bretones, en Gales, huyendo de los invasores del Norte (véase Apéndice, 8). Costanza predica la fe cristiana, y realiza el milagro de dar la vista a un ciego, en el nombre de Jesús (véase Apéndice, 9).

☉ Cuando se trae un libro británico, en el que figuraban inscritos los Evangelios, con el fin de jurar sobre ellos, se oyó una voz misteriosa contra el escudero, que había acusado a una inocente hija de la Santa Iglesia (véase Apéndice, 10). De esta forma, tanto el rey como los presentes, se convirtieron, gracias a Jesucristo (véase Apéndice, 11). Y el rey Alla se casó con Costanza, gracias a Jesucristo (véase Apéndice, 12), y por voluntad de Jesucristo, tuvieron un hijo, al que llamaron Mauricio (véase Apéndice, 13).

☉ Sin saber que su madre había falsificado la carta, el rey Alla lloró, diciendo que todo lo que Jesucristo enviase sería bienvenido (véase Apéndice, 14). El Condestable ejecuta la orden, a sabiendas de que era injusta, diciendo: «Señor Jesucristo, ¿cómo puede el mundo sobrevivir, si existe tanta maldad en sus criaturas? Dios Todopoderoso, si ésta es tu voluntad, ¿cómo es que, siendo un Juez justiciero, permites que perezcan los inocentes, y que los malos reinen en la prosperidad?» (véase Apéndice, 15).

☉ Y la oración de Costanza, al tener que abandonar por la fuerza, con su hijo recién nacido, las Islas Británicas, aceptando la voluntad de Jesucristo, y arrodillada en la playa, es como sigue: «Señor, sea siempre bienvenido todo lo que Tú envíes. El que me salvó de las falsas acusaciones, mientras estaba entre vosotros en tierra, me guardará de todo peligro, y de toda vergüenza, en el mar, aunque no sé muy bien cómo; pero Él sigue siendo tan poderoso para salvar, como siempre, por lo que a Él confío y a su querida Madre, la vela y el timón de mi alma» (véase Apéndice, 16). Costanza se persigna devotamente, y sube al barco, mientras Chaucer pide que Dios modere el viento y la devuelva a su hogar (véase Apéndice, 17).

☉ Porque Jesucristo así lo quiso, Costanza navegó a la deriva, durante más de cinco años, hasta que llegó a una tierra de paganos (¿Galicia? ¿El Algarve?), donde el mayordomo del castillo quiso abusar de ella (véase Apéndice, 18). Que Dios bendiga a Costanza, dice Chaucer, y que maldiga al mayordomo (véase Apéndice, 19). Viendo las lágrimas de Costanza, la Virgen María acudió prestamente en su ayuda, pues el mayordomo, al luchar con Costanza, perdió el equilibrio, cayó por la borda, y se ahogó en el mar, de forma que Jesucristo conservó a Costanza sin mancha (véase Apéndice, 20).

Comenta Chaucer que la fuerza de esta mujer sólo puede venir de Dios, que fue el mismo que dio la fuerza a David, para poder derribar al gigante Goliat. El mismo que dio la fuerza a Judith, para matar a Holofernes, y liberar así al pueblo elegido, es el que dio a Costanza fuerza y vigor (véase Apéndice, 21).

Por su parte, el rey Alla va en peregrinación a Roma, para suplicar perdón al Papa, por el mal que había hecho, no sólo dejando marchar a Costanza y a su hijo, sino también asesinando a su madre, Donegilda (véase Apéndice, 22). El senador jura por Dios, y por San Juan, y que Dios sabe, que Costanza prefiere la muerte antes que pecar (véase Apéndice, 23). El rey Alla piensa que si Jesucristo fue el que trajo a Costanza desde Siria hasta Inglaterra, también ha podido traer a Costanza desde Inglaterra hasta Roma (véase Apéndice, 24). El rey Alla pide que Dios, y todos sus santos gloriosos, se apiaden de su alma y que, si miente, que el diablo se lo lleve (véase Apéndice, 25).

La escena en la que Costanza se apea de su caballo, al encontrarse con su padre, el Emperador de Roma, que es la gloria de la Cristiandad, y la frase que le dedica, nos recuerda la escena bíblica de José y sus hermanos, o la escena evangélica del Hijo Pródigo: «Padre, ¿es que has olvidado a tu tierno retoño? Soy tu hija Costanza, a quien enviaste a Siria, hace mucho tiempo. Pues, soy yo, la que fue enviada a navegar, y condenada a perecer. Ahora, querido padre, te pido una gracia, no me vuelvas a enviar a un país pagano, y agradece a éste, mi marido, la amabilidad que ha tenido conmigo» (véase Apéndice, 26).

El hijo de Costanza, Mauricio, fue hecho Emperador de la Cristiandad, en Roma, por el Papa, y según Chaucer, llevó una vida cristiana, y aportó mucha gloria a la Iglesia (véase Apéndice, 27). Aunque, durante la época del Sacro Imperio Romano-Germánico, en la que se encuadra nuestro relato, no tenemos noticias de ningún Emperador que fuera nombrado por un Papa (otra cosa muy distinta es la coronación de los Emperadores, acción reservada a los Papas), y que tuviera por nombre Mauricio. Según Chaucer, Costanza era una dulce y santa esposa (véase Apéndice, 28). Muerto el rey Alla, Costanza regresa a Roma, con su padre, con lágrimas, pero con el corazón lleno de felicidad, dando alabanza a Dios cien mil veces. Según Chaucer, vivieron virtuosamente, haciendo muchas limosnas y no se separaron, hasta que la muerte lo hizo. Acaba Chaucer diciendo: «Que Jesucristo, que tiene poder para enviar alegría después de las penas, nos mantenga en gracia de Dios, y nos guarde a todos los que estamos aquí. Así Sea» (véase Apéndice, 29).

A continuación, señalaremos las veces en las que se hace referencia no sólo a una invocación a la Virgen María, sino también a su intervención, de forma individual. Ya hemos visto que, en los casos anteriores, la Virgen María actúa a la vez que Jesucristo.

En la boca del narrador (Chaucer), se pone la siguiente frase de añoranzas bíblicas: «Oh Satanás, perpetuo envidioso, desde que te arrojaron de tus lares. Cómo sabes el camino que conduce al corazón de las mujeres. Tú hiciste que Eva nos trajese la esclavitud, y ahora estás a punto de destruir este matrimonio cristiano. Qué lástima que cuando quieres desviarnos del buen camino, utilices a las mujeres como instrumentos» (véase Apéndice, 30).

Por otra parte, «Costanza no tenía quien la defendiera, ni ella podía defenderse, pero Él, que pereció por nuestra redención, y venció a Satanás, que todavía sigue donde cayó, sería en este día su magnífico campeón». A menos que Jesucristo hiciese un milagro, a la vista de todos, aunque era inocente, Costanza debería ser ejecutada inmediatamente. Por eso, Costanza se arrodilló y oró: «Dios inmortal, que salvaste a Susana de las falsas acusaciones, y tú, Virgen María, hija de Santa Ana, ante cuyo Hijo los ángeles cantan Hosanna, socórreme si soy inocente de este crimen; si no lo fuese, que muera» (véase Apéndice, 31).

Alzando los ojos al cielo, Costanza, recordándonos las Letanías de Nuestra Señora, de autor desconocido, exclamó: «María, dulce Virgen y Madre, si bien es cierto que, por causa de la incitación de una mujer, se perdió, y condenó toda la humanidad a la muerte eterna, y luego tu Hijo fue crucificado, no lo es menos que tus ojos contemplaron su agonía, y no puede haber comparación entre Tu dolor y el que sufre cualquier ser humano. Tú viste con tus propios ojos cómo mataron a tu Hijo. A mí todavía me vive el hijo. Dulce Señora, a quien claman los que gimen, gloria de la feminidad, hermosa virgen, refugio de pecadores, estrella matutina, quien, en tu dulzura, te compadesces de todos los que merecen compasión dentro de su infortunio. Apiádate de mi hijo» (véase Apéndice, 32).

Esta oración de petición se enmarca dentro de la «pietas» de las Órdenes Mendicantes, y dentro del cambio de ideología, cuando se impone, en el siglo XII, la mentalidad burguesa, abandonándose la oración de alabanza, e inaugurándose la oración de petición a Dios, como si Dios fuese un rico comerciante burgués. La intercesión de María, dentro de la dignificación de la mujer, y la de los Santos, se ve como una forma de hacer cambiar la voluntad absoluta de Dios, y sus designios eternos, y de hacer intervenir a los milagros, precisamente porque los hombres y mujeres se consideran ahora con fuerzas suficientes para invadir el terreno divino (ser como dioses), y para suplantar a Dios, cambiando las leyes físicas.

Precisamente, «el barco de Costanza atravesó el Estrecho que separa a Gibraltar de Ceuta, y siguió navegando durante muchos largos días, hasta que la Madre de Jesucristo, —eternamente bendita sea Ella— en su inefable bondad, quiso que terminasen definitivamente las penalidades de Costanza» (véase Apéndice, 33). Por ello, «los senadores que habían sido enviados a Siria, para vengar la muerte del Sultán, encontraron a Costanza a la deriva, a su regreso, y la llevaron a Roma». «Y así fue cómo Nuestra Señora libró a Costanza (como a muchos otros) del infortunio» (véase Apéndice, 34). «En Roma, quedó Costanza, destinada a vivir largo tiempo, ocupada siempre en hacer buenas obras» (véase Apéndice, 35).

Dentro de la aporía premio-castigo, da la impresión de que la actuación de la Virgen María, en este caso, se realiza como un premio por el buen comportamiento moral de Costanza, especialmente en la defensa de su castidad. Esta importancia de la Virgen María en los escritores ingleses queda reflejada, ampliamente, en Gerard Manley Hopkins, el jesuita que creó una nueva forma de poesía inglesa, precisamente, volviendo a las formas



## APÉNDICE

A continuación vienen las notas, con los textos en inglés medieval, el que empleó Chaucer, y que, a veces, no han sido traducidos literalmente por Pedro Guardia, Profesor de la Universidad de Barcelona, en la edición bilingüe de *Los Cuentos de Canterbury*, Editorial Bosch, Barcelona, 1978, pp. 329-391. «El Cuento del Corregidor» se compone de 1.090 versos.

1.
 

By cause that ther was swich diversitee  
 Bitwene hir bothe lawes, that they sayn  
 They trowe, «that no Cristen prince wolde fayn  
 Wedden his child under oure lawe sweete 125  
 That us was taught by Mahoun, oure prophete».  
 And he answerde, «Rather than I lese  
 Custance, I wol be cristned, doutelees.  
 I moot been hires, I may noon oother chese».
2.
 

Now, faire Custance, almyghty God thee gyde! 147  
 ...  
 And notified is thurghout the toun  
 That every wight, with gret devocioun,  
 Sholde preyen Crist that he this mariage 160  
 Receyve in gree, and spede this viage.
3.
 

«Fader», she seyde, «thy wrecched child Custance,  
 Thy yonge doghter fostred up so softe,  
 And ye, my moder, my soverayn pleasance  
 Over alle thyng, out-taken Crist on-lofte,  
 Custance youre child hir recomandeth ofte 180  
 Unto youre grace, for I shal to Surrye,  
 Ne shal I nevere seen yow moore with eye.  
 Allas! unto the Barbre nacioun  
 I moste anon, syn that it is youre wille;  
 But Crist, that starf for our redempcioun 185  
 So yeve me grace his heestes to fulfille!»
4.
 

To ship is brought this woful faire mayde  
 Solempnely, with every circumstance.  
 «Now Jhesu Crist be with yow alle!» she sayde; 220  
 Ther nys namoore, but «Farewel, faire Custance!»

5. She blesseth hire, and with ful pitous voys  
 Unto the croys of Crist thus seyde she:  
 «O cleere, o weleful auter, holy croys,  
 Reed of the Lambes blood ful of pitee,  
 That wessh the world fro thé olde iniquitee,  
 Me fro the feend and fro his clawes kepe,  
 That day that I shal drenchen in the depe.  
 Victorious tree, proteccioun of trewe,  
 That oonly worthy were for to bere  
 The Kyng of Hevene with his woundes newe,  
 The white Lamb, that hurt was with a spere,  
 Flemere of feendes out of hym and here  
 On which thy lymes feithfully extenden,  
 Me kepe, and yeve me myght my lyf t'amenden».

6. Thow Blamest Crist, and seist ful bitterly,  
 Hé mysdeparteth richesse temporal;  
 Thy neighebor thou wytest synfully,  
 And seist thou hast to lite, and he hath al.  
 «Parfay», seistow, «somytyme he rekene shal,  
 Whan that his tayl shal brennen in the gleede,  
 For he noght helpeth reedfulle in hir neede».

7. And I answer to that demande agayn,  
 Who saved Danyel in the horrible cave  
 Ther every wight save he, maister and knave  
 Was with the leon frete er he asterte?  
 No wight but God, that he bar in his herte.  
 God liste to shewe his wonderful myracle  
 In hire, for we sholde seen his myghty werkis;  
 Crist, which that is to every harm triacle,  
 By certein meenes ofte, as knowen clerkis,  
 Dooth thyng for certein ende that ful derk is  
 To mannes wit, that for oure ignorance  
 Ne konne noght knowe his prudent purveiance.  
 Now sith she was nat at the feeste yslave  
 Who kepte hire fro the drenchyng in the see?  
 Who kepte Jonas in the fishes mawe  
 Til he was spouted up at Nynyvee?  
 Wel may men knowe it was no wight but he  
 That kepte the peple Ebrayk from hir drenchyng,

With drye feet thurghout the see passynge.

Who bad the foure spiritz of tempest  
That power han t'anoyen lond and see,  
Bothe nort and south, and also west and est, 395  
«Anoyeth neither see, ne land, ne tree?»  
Soothly, the comandour of that was he  
That fro the tempest ay this womman kepte  
As wel when she wook as when she slepte.

Where myghte this womman mete and drynke have 400  
Thre yeer and moore? how lasteth hir vitaille?  
Who fedde the Egipcien Marie in the cave,  
Or in desert? No wight but Crist, sans faille.  
Fyve thousand folk it was as greet mervaille  
With loves fyve and fisshes two to feede. 405  
God sente his foyson at hir grete neede.

8.

This constable and dame Hermengyld, his wyf, 435  
Were payens, and that contree everywhere;  
But Hermengyld loved hire right as hir lyf,  
And Custance hath so longe sojourned there,  
In orisons, with many a bitter teere,  
Til Jhesu hath converted thurgh his grace 440  
Dame Hermengyld, constablesse of that place,  
In al that lond no Cristen dorste route;  
Alle Cristen folk been fled fro that contree  
Thurgh payens, that conquereden al aboute  
The plages of the north, by land and see. 445

9.

«In name of Crist», cride this blinde Britoun,  
«Dame Hermengyld, yif me my sighte agayn!»  
This lady weex affrayed of the soun, 465  
Lest that hir housbonde, shortly for to sayn,  
Wolde hire for Jhesu Cristes love han slayn,  
Til Custance made hir boold, and bad hir wirche  
The wyl of Crist, as doghter of his chirche,  
The constable veex abashed of that sight, 470  
And seide, «What amounteth al this fare?»  
Custance answerde, «Sire, it is Cristes myght,  
That helpeth folk out of the feendes snare»  
And so ferforth she gan oure lay declare  
That she the constable, er that it was eve, 475  
Converteth, and on Crist made hym bileve.

10. A Britoun book, written with Evaungiles,  
Was fet, and on this book he swoor anon  
She gilty was, and in the meene whiles  
An hand hym smoot upon the nekke-boon;  
That doun he fil atones as a stoon.  
And bothe his eyen broste out of his face  
In sighte of everybody in that place.  
A voys was herd in general audiençe,  
And seyde, «Thou hast desclaundred, giltelees,  
The doghter of holy chirche in heigh presence;  
Thus hastou doon, and yet I holde my pees!»  
Of this mervaille agast was al the prees;  
As mazed folk they stoden everichone,  
For drede of wreche, save Custance allone.
11. Greet was the drede and eek the repentance  
Of hem that hadden wrong suspecioun  
Upon this sely innocent, Custance;  
And for this miracle, in conclusioun,  
And by Custances mediacioun,  
The kyng –and many another in that place–  
Converted was, thanked be Cristes grace!
12. And after this Jhesus, of his mercy,  
Made Alla wedden ful solempnely  
This holy rnyayden, that is so bright and sheene,  
And thus hath Crist ymaad Custance a queene.
13. Now faire Custance, that is so humble and meke,  
So longe is goon with childe, til that stille  
She halt hir chambre, abidyng Cristes wille.  
The tyme is come a knave child she beer;  
Mauricius at the fontstoon they hym calle,  
This constable dooth forth come a messageer,  
And wroot unto his kyng, that cleped was Alle,  
How that this blisful tidying is bifalle,  
And othere tidynges speedful for to seye.  
He tath the lettre, and forth he goth his weye.



In hym triste I, and in his moder deere,  
That is to me my sayl and eek my steere».

17.

And taketh hir leve, and with an holy entente  
She blesseth hire, and into ship she wente.  
Vitailled was the ship, it is no drede,  
Habundantly for hire ful longe space,  
And othere necessities that sholde nede  
She hadde ynogh, heryed be Goddes grace!  
For wynd and weder almyghty God purchase,  
And brynge hir hom! I kan no bettre seye,  
But in the see she dryveth forth hir weye.

18.

But now wol I unto Custance go,  
That fleteth in the see, in peyne and wo,  
Fyve yeer and moore, as liked Cristes sonde,  
Er that hir ship approached unto londe.  
Under an hethen castel, atte laste,  
Of which the name in my text noght I fynde,  
Custance, and eek hir child, the see up caste.

19.

Almyghty God, that saveth al mankynde,  
Have on Custance and on hir child som mynde,  
That fallen is in hethen hand eft soone,  
In point to spille, as I shal telle yow soone:  
Doun fro the castel comth ther many a wight  
To gauren on this ship and on Custance.  
But shortly, from the castel, on a nyght,  
The lordes styward –God yeve hym meschance!–  
A thief, that hadde reneyed oure creance,  
Cam into ship allone, and seyde he sholde

20.

Hir lemman be, wher –so she wolde or nolde.  
Wo was this wrecched womman tho bigon;  
Hir child cride, and she cride pitously.  
But blisful Marie heelp hire right anon;  
For with hir struglyng wel and myghtily  
The thief fil overbord al sodeynly,  
And in the see he dreynte for vengeance,  
And thus hath Cris unwemmed kept Custance!

21. How may this wayke womman han this strengthe  
 Hir to defende agayn this renegat? 835  
 O Goliath, unmesurable of lengthe,  
 How myghte David make thee so maat,  
 So yong and of armure so desolat?  
 How dorste he looke upon thy dredful face?  
 Wel may men seen, it was but Goddes grace. 840  
 Who yaf Judith corage or hardynesse  
 To sleen hym Oloferus in his tente,  
 And to deliveren out of wrecchednesse  
 The peple of God? I sey, for this entente,  
 That right as God spirit of vigour sente 845  
 To hem, and saved hem out of meschance,  
 So sente he myght and vigour to Custance.
22. Kyng Alla, which hat hadde his moder slayn, 890  
 Upon a day fil in swich repentance  
 That, if I shortly tellen shal and playn,  
 To Rome he comth to receyven his penance;  
 And putte hym in the Popes ordinance  
 In heigh and logh, and Jhesu Crist bisoghte 895  
 Forveve his wikked werkes that he wroghte.
23. This Alla kyng hath of this child greet wonder,  
 And to the senatour he seyde anon,  
 «Whos is that faire child that stondeth yonder?» 920  
 «I noot», quod he, «by God, and by Seint John!  
 A moder he hath, but fader hath he non  
 That I of woot» –and shortly, in a stounde, –  
 He tolde Alla how that this child was founde. 925  
 «But God wot», quod this senatour also,  
 «So vertuous a lyvere in my lyf  
 Ne saw I nevere as she, ne herde of mo,  
 Of worldly wommen, mayde, ne of wyf.  
 I dar wel seyn hir hadde levere a knyf  
 Thurghout hir brest, than ben a womman wikke; 930  
 There is no man koude bryng hire to that prikke».
24. And afterward he made his argument:  
 «What woot I if that Crist have hider sent

- My wyf by see, as wel as he hir sente  
To my contree fro thennes that she wente?» 945
25. «Now God», quod he, «and his halwes brighte  
So wisly on my soule as have mercy,  
That of youre harm as giltelees am I  
As in Maurice my sone, so lyk youre face;  
Elles the feend me fecche out of this place!» 965
26. The morwe cam, and Alla gan hym dresse,  
And eek his wyf, this Emperour to meete;  
And forth they ryde in joye and in gladnesse.  
And whan she saugh hir fader in the strete,  
She lighte doun, and falleth hym to feete. 1.005  
«Fader», quod she, «youre yonge child Custance  
Is now ful clene out of youre remembrance.  
I am youre doghter Custance», quod she,  
«That whilom ye han sent unto Surrye. 1.010  
It am I, fader, that in the salte see  
Was put allone and dampned for to dye.  
Now, goode fader, mercy I yow crye!  
Sende me namoore unto noon hethenesse  
But thonketh my lord heere of his kyndenesse». 1.015
27. This child Maurice was sithen Emperour  
Maad by the Pope, and lyved cristenly;  
To Cristes chirche he hide greet honour. 1.025
28. This kyng Alla, whan he his tyme say,  
With his Custance, his holy wyf so sweete,  
To Engelond been they come the righte way,  
Wher as they lyve in joye and in quiete. 1.030
29. To Rome is come this holy creature,  
And fyndeth hire freendes hoole and sounde;  
Now is she scaped al hir aventure.  
And whan that she hir fader hath yfounded,  
Doun on hir knees falleth she to grounde;  
Wepyng for tendrenesse in herte blithe, 1.055

- She heryeth God an hundred thousand sithe.  
 In vertu and in holy almes—dede  
 They lyven alle, and nevere asonder wende;  
 Til deeth departeth hem, this lyf they lede. 1.060  
 And fareth now well! my tale is at an ende.  
 Now Jhesu Crist, that of his myght may sende  
 Joye after wo, governe us in his grace,  
 And kepe us alle that been in this place! *Amen.*
30.  
 O Sowdanesse, roote of iniquitee! 260  
 Virago, thou Semyrame the secounde!  
 O serpent under femynnytee,  
 Lik to the serpent depe in helle ybounde!  
 O feyned womman, al that may confounde!  
 Vertu and innocence thurgh thy malice, 526  
 Is bred in thee, as nest of every vice!  
 O Sathan, envious syn thilke day  
 That knowestow to wommen the olde way!  
 Thou madest Eva brynge us in servage;  
 Thou wolt fordoon this Cristen mariage. 270  
 Thyn instrument so, weylaway the while!  
 Makestow of wommen, whan thou wolt bigile.
31.  
 Allas! Custance, thou hast no champioun  
 Ne fighte kanstow nocht, so weylaway!  
 But he that starf for our redempcioun, 535  
 And boond Sathan (and yet lyth ther he lay),  
 So be thy stronge champion this day!  
 For, but if Crist open miracle kithe,  
 Withouten gilt thou shalt be slayn as swithe.  
 She sette hire doun on knees, and thus she sayde: 540  
 «Immortal God, that savedest Susanne  
 Fro false blame, and thou, merciful mayde,  
 Marie I meene, doghter to Seint Anne,  
 Bifore whos child angeles synge Osanne,  
 If I be gillteles of this felonye, 545  
 My socour be, for ellis shal I dye!»
32.  
 «Moder», quod she, «and mayde bright, Marie,  
 Sooth is that thurgh wommans eggement 745  
 Mankynde was lorn, and damned ay to dye,  
 For which thy child was on a croys yrent.

Thy blisful eyen sawe al his torment;  
 Thanne is ther no comparison bitwene  
 Thy wo and any wo man may sustene». 750  
 «Thow saw thy child yslayn bifore thyne eyen,  
 And yet now lyveth my litel child, parfay!  
 Now, lady bright, to whom alle woful cryen,  
 Thow glorie of wommanhod, thow faire may,  
 Thow haven of refut, brighte sterre of day, 755  
 Rewe on my child, that of thy gentillesse,  
 Rewest on every reweful in distresse.

33.

Forth gooth hir ship thurghout the narwe mouth  
 Of Jubaltare and Septe, dryvyng ay 850  
 Somtyme west, and somtyme north and south,  
 And somtyme est, ful many a wery day,  
 Til Cristes moder –blessed be she ay!–  
 Hath shapen, thurgh hir endeles goodnesse,  
 To make an ende of al hir hevynesse.

34.

He bryngeth hire to Rome, and to his wyf  
 He yaf hire, and hir yonge sone also;  
 And with the senatour she ladde hir lyf. 880  
 Thus kan Oure Lady bryngen out of wo  
 Woful Custance, and many another mo.

35.

And longe tyme dwelled she in that place,  
 In holy werkes evere, as was hir grace». 882

[1] *Cançionero de la Virgen de Guadalupe*, ed. P. J. Martínez González, Madrid, 1994, p. 395. Toda la referencia al texto de los milagros que se hace en este trabajo remite a esta edición.

[2] Para la historia general del texto remitimos a la obra sentada en esta edición por el discurso metalingüístico protagonizado por los milagros que, sin dejar de ser el discurso de la Virgen, se organiza por turnos en un diálogo que se desarrolla entre ella y el lector. Véase el capítulo de la obra. Nota: el lenguaje será el de los milagros, no el de la edición, ya que el lector debe estar acostumbrado a leerlos en su forma original.